

Una experiencia de acceso a la cultura en la clase obrera: la Congregación Mariana del Patronato de la Juventud Obrera de Valencia a principios del siglo XX

Carlos Martínez Herrer

Universidad Católica de Valencia

Introducción

En la Valencia de principios del siglo XX no existía, apenas, la clase media. La aparición de ésta, en España, es un fenómeno sociológico que la mayoría de los autores suelen situar con el fin de la autarquía en el primer franquismo. El acceso a la mayor parte de los bienes de la sociedad y, entre ellos, la cultura quedaba reservado, pues, a las clases pudientes: los propietarios agrícolas, los altos funcionarios, la incipiente burguesía, los comerciantes... Se defienden en el presente trabajo las orientaciones pedagógicas del padre Basté S. J. en una institución que nació para hacer buenos obreros cristianos y, de paso, que no a trasmano, formarlos en los bienes culturales que la sociedad les negaba.

El padre Narciso Basté Basté fue un formador jesuita que vivió entre 1866 y 1936. Dirigió entre 1901 y 1932 el Patronato de la Juventud Obrera de Valencia, institución que había creado en 1883 un laico ejemplar, el carpintero valenciano Gregorio Gea.

La institución había nacido como escuelas dominicales de doctrina cristiana para jóvenes sin recursos de las barriadas de Valencia, y fue inicialmente dirigida por el propio Gregorio Gea y algunos compañeros suyos, también laicos, que procedían de las Escuelas de Cristo. Pronto contaron con la ayuda, a título particular, de algunos sacerdotes, con especial significación de la Compañía de Jesús. Fue consiliario de la institución desde sus orígenes el gran teórico del apostolado social Antonio Vicent S. J., y también desde sus orígenes contó en su seno con una Congregación Mariana.

Los “patronatos” fueron una institución novedosa de educación de la juventud obrera a finales del siglo XIX. Surgen en el contexto socio-histórico de la respuesta del cato-

licismo social al avance de las ideas socialistas, comunistas y anarquistas entre el proletariado urbano, y conviven, en una España convulsa, con movimientos pedagógicos que pretenden la implantación y primacía de la escuela laica frente a la escuela religiosa (krausismo, escuela nueva, escuela moderna, escuela racional, los variados anarquismos pedagógicos...). Basté conoce sobradamente las iniciativas que en Europa se están desarrollando a favor de la juventud obrera, desde instituciones eclesiales:

“Queremos recordar los nombres de los alemanes Ketteler, Kolping, Hitre y Dasbach, que auxiliados por otros muchos apóstoles sociales, iniciaron y cultivaron en su país instituciones variadas, prósperas, fuertes y sumamente adecuadas al objeto de proteger a los jóvenes obreros. No es menos digno de citarse el movimiento francés en este punto, gracias a los trabajos del abate Allemand, llegando a evidenciarse, con motivo de la Exposición Universal de París de 1900, la existencia en Francia de treinta y seis mil ochocientos cuarenta y dos obras católicas de moralización de la juventud (...). También queremos citar en Italia la obra del incomparable don Bosco, especialmente sus Oratorios festivos, gloria de la Congregación Salesiana, y el Albergó dei Fanciulli, fundado por monseñor Filippo Acquarene y el senador Piazzo, para recoger y educar a los niños pobres. En cuanto a España, forzoso es confesar que el desarrollo y prosperidad de los Patronatos no es proporcional al de otras obras sociales (...)¹.”

Como institución post-escolar, aunque en su seno albergó escuelas de primera enseñanza tanto nocturnas (para jóvenes y adultos obreros), y diurnas (para hijos de obreros), requería de medios pedagógicos alternativos a los escolares, que atrajeran al adolescente desfavorecido.

Como institución católica dirigida a los obreros requería que éstos se formaran en doctrina cristiana y prácticas de piedad.

Como institución dirigida a los pobres requería que sus actividades fueran gratuitas para los socios, o que su aportación fuera modesta.

En el año 1924 publica el padre Basté un libro, *Patronatos de jóvenes obreros*, donde explica la institución, su finalidad y la pedagogía que emplea. La preocupación por la juventud se refleja en esta cita, que él reproduce, de Alfonso Kannengieser:

“Los aprendices constituyen una categoría muy numerosa de los artesanos; su educación, así como su instrucción técnica, es de una importancia capital; tal aprendiz, tal compañero. Si el obrero de doce a diecisiete es deformado por el vicio y corrompido por perversas compañías, nada bueno podrá hacerse de él más tarde; se habrá cultivado la simiente del socialismo².”

El Reglamento de 1912 de la sociedad también recoge la finalidad de la institución: el progreso moral e intelectual de la juventud obrera y el fomento de la instrucción y buenas costumbres de ésta, según el espíritu católico, apartándola del vicio e inmoralidad. En su artículo 1º podemos leer los variados recursos que empleaba el Patronato de Valencia para cumplir esta finalidad:

- Reuniones dominicales. Pláticas de catecismo en la Casa de Campo del parque de la Pechina con sano esparcimiento posterior.
- Escuelas diurnas y nocturnas de primera enseñanza.

1. Basté, N. (1924). p. 8.

2. Basté, N. (1924). p. 5.

- Estudios de aplicación a las artes y oficios: dibujo, modelado, solfeo y una incipiente formación profesional.
- Una biblioteca popular ambulante.
- La atracción de los jóvenes por medio de juegos honestos en la Casa de Campo y en los locales de la Casa Social.

“Buscar a los niños y hablarles de Comunión, de Misa, de Rosario y ejercicios, de perfección y de santidad, sería perder el tiempo, porque no vendría ninguno al Patronato, o si venían, serían los que menos necesitarían de nuestros cuidados, por ser ya los más inclinados naturalmente a la vida espiritual. Es necesario apoderarse de su imaginación con juegos y bagatelas para que se acerquen al Patronato y puedan ponerse al alcance de recibir la instrucción religiosa y ser instruidos en la vida del espíritu”³.

Estos juegos y diversiones honestas fueron, sin ánimo taxativo: huertos, columpios, fútbol, un lago para nadar y remar, un tobogán, paseos en burro, ejercicios gimnásticos, festivales, juegos de salón, veladas literarias, obras de teatro, cine, música, salidas campestres, colonia de vacaciones... actividades todas ellas que contaron con su correspondiente reglamentación.

- Todo género de protección social: socorro a los enfermos, bolsa de trabajo, peluquería económica, economato y caja postal de ahorros.
- Una Congregación Obrera de la Santísima Virgen y San Luis Gonzaga, que constituyó el núcleo de la actividad del padre Basté, quien la remozó en profundidad, y de la vida del Patronato.

La Congregación Obrera

Los mismos niños y jóvenes que venían al Patronato atraídos por sus juegos y entretenimientos nutrían las filas de la Congregación, y recibían de ella su formación moral y religiosa. Eran muy pocos los que asistían a las clases o recibían los demás beneficios del Patronato sin ser congregantes, pues Basté impuso esa condición en los reglamentos de las escuelas (es la denominada regla de la “doble afiliación”, común a otras organizaciones obreras de la época: la pertenencia al PSOE, fundado en 1879 por el tipógrafo Pablo Iglesias, conllevaba en los estatutos la pertenencia al sindicato UGT, fundado por el propio Iglesias en 1888).

Para Basté, la preparación para el ingreso en la Congregación era el mayor bien que podía hacerse a los jóvenes y, para el Patronato, “la base de su buen espíritu, vida de familia y paz interior, ya que no podría marchar sin esta formación, como no puede funcionar una máquina si no se prepara previamente y se ajustan con precisión las piezas que la forman”⁴.

En este ambiente de piedad, los jóvenes de conducta poco arreglada no prosperaban. El niño que rehusaba tenazmente esta preparación debía salir del Patronato, pues era una nota discordante entre los demás. Para Basté “en la vida del adolescente hay un tiempo

3. Basté, N. (1924). pp. 28-9.

4. Basté, N. (1924). p. 17.

crítico en el cual ya no atraen los juegos de la niñez, y entonces, para retenerles, sólo queda el recurso del temor de Dios y de la sólida piedad.”⁵

La Escuela de la Inmaculada, del Patronato, reglamentaba obligatoriamente el ingreso en la Congregación de Nuestra Señora de los Angeles y, por tanto, la práctica de los actos de piedad que se realizaban en la Congregación. Es una novedad frente a los colegios jesuitas de la época, que también tenían congregaciones marianas. En éstos, como en el de San José de Valencia, no todos los alumnos eran congregantes, sino sólo los escogidos.

La Congregación tenía actos ordinarios, multitudinarios, obligatorios para todos los jóvenes que quisieran disfrutar de los juegos del Patronato, como la misa dominical en la iglesia de San Miguel, y secciones especiales para practicar obras de celo y caridad, donde los congregantes se agrupaban según sus aficiones y aptitudes: Sección de visita al Santo Hospital, Sección de visita al Asilo de Ancianos Desamparados, Sección de Guardia de Honor y Oración, Sección de Misiones y Santa Infancia, Sección del Santo Rosario y Catecismo, Sección de Misa diaria...

Las escuelas profesionales

Pero la enseñanza religiosa no acaba aquí. El taller debía proporcionar el aprendizaje laboral al joven obrero; el Patronato la instrucción cívica moral y académica, el sano esparcimiento, las prácticas piadosas... y la formación profesional básica. Ya hemos visto la honda preocupación del padre Basté por el tránsito peligroso de la niñez a la juventud, momento que consideraba decisivo para el éxito o fracaso en la vida, con todas las consecuencias morales y religiosas que de ello dependían. La sólida preparación catequística-apologética era su principal obsesión con los jóvenes: intensa formación moral en la Congregación, instrucción académica en las escuelas, sano esparcimiento en los locales del Patronato (premio a la piedad y constancia del congregante) y aprendizaje laboral en el taller eran la fórmula para el éxito en la vida del obrero. Y es que, sin detenerse a explicar las diferencias entre los obreros de principios de siglo XX y los trabajadores actuales, los pobres, en todo su profundo sentido teológico, venían asociados entonces al mundo obrero:

“Desengáñese Don Emilio, —me decía—. A los chicos y más si son pobres, nadie les quiere; en todas partes dan pena. — El sí que los quería y con ellos se rozaba y para ellos vivía, y es más, no quería que el Patronato saliera de su esfera modesta y humilde”⁶.

Sin embargo, el aprendizaje laboral, lo que hoy denominamos formación profesional, correspondía entonces al taller, no a las instituciones educativas. Basté organizó una bolsa de trabajo en la que se publicitaban las ofertas y demandas de aprendices y oficiales de variados oficios. Las ofertas y demandas se exponían en una pizarra del vestíbulo de la Casa Social y en la revista *El Joven Obrero*, órgano difusor del Patronato de 1911 a 1920, y a ellas acudían patronos católicos y jóvenes obreros congregantes, con lo que el joven

5. Basté, N. (1924). p. 22.

6. Lluch, E. (1951). pp. 12-3.

del Patronato no tenía que esconder en el taller, en el ambiente irreligioso de la ciudad y del mundo laboral, sus creencias religiosas.

No será hasta 1924 cuando el Patronato pueda ofrecer enseñanzas profesionales de Comercio, Mecánica, Electricidad, Construcción y Artes a jóvenes que hubieran cumplido ya los 12 años y que, de ordinario, simultaneaban el trabajo con los estudios. En un folleto editado por la institución ese año podemos leer:

“Las profesiones que integran la vida social (comerciantes, mecánicos, electricistas, constructores, pintores, etc.) se basan en un cierto número de conocimientos, cuya posesión es indispensable para el perfecto ejercicio de las mismas. Dichos conocimientos pueden, ciertamente, adquirirse, en gran parte, al menos, con el solo ejercicio práctico de la profesión; pero es necesario mucho tiempo para ello, llegando a su posesión cuando ya, desgraciadamente, han desaparecido las mejores energías del individuo con los años de la juventud, y aun así, hay muchos conocimientos que no llegan nunca a tenerse por carecer el individuo de suficiente preparación adecuada (...) cuando el alumno ha terminado los estudios, se encuentra con la grata sorpresa de haber aprendido en dos o tres años lo que otros aprendieron en quince o veinte, y aun lo que algunos no pudieron aprender en toda una vida de trabajo”⁷.

Pretendieron ser enseñanzas teórico-prácticas dirigidas a la clase media, que, a diferencia de las escuelas primarias, requerían la aportación económica de los alumnos. Funcionaron bien las Escuelas de Comercio, hasta el año 36, y los modestos talleres-escuela de ebanistería y metalistería, que después de Guerra se extenderían a otras especialidades, como la imprenta. En las escuelas diurnas y nocturnas de primera enseñanza que regentaba el Patronato las asignaturas estaban impregnadas, en lo que hoy llamaríamos un tratamiento transversal, de las enseñanzas de la Iglesia. Basté devenía no sólo el director de la obra civil del Patronato, y director de su Congregación Mariana, sino también en el gran catequista de los alumnos.

El catecismo

Catecismo y cultura. No podemos olvidar que el padre Basté era un sacerdote, y que toda obra a favor del mundo obrero desde el catolicismo social, conllevaba la aceptación de la doctrina cristiana. El padre publicó dos libros de apologética: *La Religión Verdadera* y *Catecismo de Apologética*, que compendaban el fruto de más de treinta años de enseñanza de catecismo a los jóvenes. Ambos presentan la misma estructura mayéutica, común a otros catecismos de la época, y a los clásicos de los padres Astete y Ripalda, de preguntas y respuestas sencillas. Las preguntas del formador, contenidas y distribuidas por capítulos, eran respondidas de modo tal que parecían extraídas del interior del catecúmeno:

- “-¿Nosotros tenemos alma? -Sí, señor.
- ¿El alma se puede ver? -No, señor.
- ¿La carne y los huesos pueden pensar y discurrir? -No, señor.
- ¿Quién piensa, pues, y discurre en nosotros? -El alma”⁸.

7. Anónimo (1924). Folleto. Valencia: Taller P.J.O.

8. Basté, N. (1935). Bilbao. p. 2.

De acuerdo con la *Ratio Studiorum* y la tradición pedagógica de la Compañía de Jesús, Basté tomaba como base para los procesos de enseñanza y aprendizaje de las verdades fundamentales de la religión, el *paradigma pedagógico ignaciano*, cuya clave y razón de ser es enseñar a pensar y enseñar a aprender, tanto en el ámbito científico-cultural como en el ámbito humano-cristiano, ayudando a los alumnos a integrar lo académico y lo formativo. La plática expositiva cedía frecuentemente, como se ha visto, al diálogo franco, a la interrogación, al descubrimiento interior de la verdad.

La misma estructura interrogativa emplea el autor en su obra apologética:

“- ¿Qué verdades enseña la Iglesia, y en las cuales no puede equivocarse?

- Las verdades en las que la Iglesia no se puede equivocar, porque tiene para ello la asistencia especial del Espíritu Santo, son únicamente las que enseñó Nuestro Señor Jesucristo y predicaron los sagrados Apóstoles, las cuales están contenidas en las Escrituras, especialmente en los escritos evangélicos y apostólicos, y en la Tradición”⁹.

Tradición pedagógica jesuita que respetó Basté fue la “emulación”. Las congregaciones en los colegios de la orden, no así en el Patronato, estaban destinadas no a todos, sino a los mejores alumnos, y la pertenencia a la Congregación era un acicate y un premio entre los émulos. La imitación de los mejores estimulaba al perfeccionamiento, impelía al joven, que se había acercado al Patronato a jugar con sus amigos, a ser congregante. La emulación de los mejores conllevaba incluso premios en forma de “vales” para los niños incluidos en el cuadro de honor de las escuelas diurnas. El capítulo XV del reglamento de régimen interno de la Escuela de la Inmaculada trata de la inscripción de los mejores alumnos en el cuadro de honor. A principio de cada mes quedaban reflejados en un lugar preferente de la casa social los nombres de los alumnos que más se hubieran distinguido en piedad, conducta, aplicación, aseo y asistencia, quienes, además, no debían tener ninguna falta a los actos de la Congregación. Pensemos que los 25 “vales” que recibían los niños inscritos podían ser canjeados en las instalaciones del parque de la Pechina, en el economato del Patronato, en su peluquería..., constituyendo un buen estímulo material para añadir a la satisfacción personal del alumno y su familia.

Conclusión

Todos los grandes pedagogos católicos de todos los momentos históricos sienten la necesidad de la regeneración social en torno a la regeneración integral del hombre completo, y es aquí donde la educación religiosa figurara en el centro de todos los esquemas de educación completa del individuo. De este principio se debe deducir, ciertamente, que todos los grandes pedagogos y fundadores de instituciones pedagógicas católicas estaban muy bien formados religiosamente y, en muchos casos, fueron unos grandes apologetas. Son del tiempo los sacerdotes pedagogos Pedro Poveda, Andrés Manjón, Miguel Fenollera, Guillermo Viñas...

En conclusión, el fin del Patronato, el fin de la pedagogía de su director, el padre Basté S. J., mártir, era guiar moralmente, proteger, y, en una palabra, formar el niño desde

9. Basté, N. (1935). Madrid. p. 207.

que abandonaba la escuela hasta que tomaba estado o trataba seriamente de tomarlo. Mucho más que la instrucción, su fin era la educación, la preservativa y la positiva para las luchas de la vida, en el ambiente irreligioso del mundo obrero de la Valencia de principios del siglo XX. Basté intuyó, en contacto con los prohombres del apostolado social de la época (Vicent, Cepeda, Reig Genovés, los Trénor...), el valor pedagógico para la juventud obrera de instituciones complementarias a las escuelas, como las colonias escolares (él organizó las primeras que hubo entre los niños valencianos, en 1906), las salidas campestres, los pequeños huertos, las pláticas y juegos al aire libre, las actividades deportivas (el Patronato de Valencia fundó el primer equipo de Valencia, en 1909), las representaciones teatrales, las veladas literarias...

“Entre todas las clases de juegos, los más apropiados al Patronato son los juegos al aire libre; éstos son los más oportunos y los que distinguen al Patronato de los Círculos de Obreros u otras Sociedades semejantes. Aparte de esto, son preferibles también por ser los más higiénicos y los que más esparcen los ánimos sin ningún estímulo de lucro ni ganancia”¹⁰.

La Congregación Mariana devenía el centro de todas estas múltiples actividades y secciones culturales, sociales o recreativas, que eran premio y accesorio a la piedad. Juegos, actividades y secciones que convierten al Patronato de Valencia en un pionero de la educación social y de los recursos no formales en la pedagogía. El Patronato de la Juventud Obrera *in omnibus respice finem*: hacer buenos obreros cristianos.

Bibliografía citada

- Basté Basté, N. (1924). *Patronato de Jóvenes Obreros*. Bilbao: Ed. Mensajero del Corazón de Jesús.
- Basté Basté, N. (1935). *Catecismo de Apologética*. Bilbao: Ed. Mensajero del Corazón de Jesús.
- Basté Basté, N. (1935). *La religión verdadera*. Madrid: Ed. Apostolado de la Prensa.
- Lluch Arnal, E. (1951) *Treinta años con el Padre Basté S. J.* Valencia: Taller-imprensa P. J. O.

10. Basté, N. (1924). Madrid. p. 29.